

Catástrofes naturales

La humanidad, desde sus orígenes, ha arrastrado la periódica compañía de catástrofes naturales que le han causado millones de muertos y cuantiosas destrucciones. Terremotos y maremotos, huracanes, aludes, inundaciones, erupciones volcánicas... han convulsionado los cuerpos y las almas de todas las épocas. Ante el terrible sufrimiento que las catástrofes naturales ocasionan a tantos millones de personas, el primer e ineludible deber de todo ser humano es la compasión (padecer con) y la ayuda solidaria. Cualquier ejercicio intelectual que diera prioridad a la búsqueda de explicaciones filosóficas y pospusiera el compromiso incondicional con los afectados constituiría un ejercicio deshonesto y un fraude ilegítimo a la conciencia. Siendo ésta la principal afirmación, todo el resto del editorial, aunque puede contribuir a clarificar las ideas, es secundario.

Cuestión urgente

La solidaridad con las víctimas es especialmente urgente en este final del bienio 2004-2005, tras la sucesión trágica de desastres: tsunami del Pacífico, huracanes en el Caribe (Rita, Katrina, Wilma, Alfa y Beta),

tifones en los mares de China y Japón, inundaciones en India y terremotos en Irán, Turquía y Pakistán. Los años 2004 y 2005 no han sido al respecto ni más ni menos catastróficos que otros muchos a lo largo de la historia. Pero el efecto **aldea global**, creado por los medios de comunicación de masas, nos ha hecho conocer al instante, en vivo y en directo, toda la «crueldad» de la naturaleza, conocimiento que antes no estaba disponible o se administraba con cuentagotas. Incluso, ha llegado al gran público la terminología y algunos conocimientos hasta ahora reservados a los científicos: son numerosos los no especialistas que son capaces de describir las diferencias entre una tormenta tropical y un huracán o de enumerar las cinco categorías de huracanes de la escala Saffir-Simpson.

Todo ello hace que, en lo que a catástrofes naturales se refiere, los años 2004 y 2005 sean considerados por muchos como un auténtico **bienio negro**, aunque probablemente haya habido otros bienios y aun quinquenios peores. Por no referirnos más que a los terremotos, ha habido muchos en los últimos tres siglos que causaron más destrucción y víctimas que ninguna de las catástrofes de este último «bienio negro»: el de Lisboa de 1755 (día de Todos los Santos), cuyos destructores efectos se dejaron notar en Guadalajara y Sevilla; el de San Francisco de 1906, junto con otros varios asociados a la falla de San Andrés; el de Chile (Valdivia y Santiago, 1960), que es el de mayor intensidad de los registrados hasta el momento (9,5 en la escala de Richter, 12 en la de Mercalli). Los hechos pueden no ser sustancialmente diferentes a los del pasado, pero la sensibilidad y los estados de conciencia de la humanidad informada son hoy muy superiores.

Supervivencia del pensamiento mágico

Tras la sucesión en el Caribe durante el mes de octubre pasado de hasta nueve tormentas tropicales, transformadas luego en huracanes, cuyo efecto destructor llegó a los países de América Central, México y sur de Estados Unidos, algunos imanes y ulemas han afirmado que estas catástrofes eran «castigos divinos», signos anunciadores de otros

mayores y definitivos (**milenarismo religioso**), que nuestros pecados merecen.

Probablemente, quienes así se pronuncian, más que orientar espiritualmente, tratan de rentabilizar las desgracias naturales cargándolas sobre las espaldas del gran pecador y gran Satán, EE UU. Pero, dejando de lado el uso político de la teología, que también se produce a sensu contrario, en sí misma la consideración de los fenómenos naturales como castigo o premio de la conducta huma es un absurdo científico, un retroceso teológico y un peligro social.

Absurdo científico. Conocemos suficientemente la geodinámica interna y externa de nuestro planeta. La primera nos permite explicar el origen de seísmos y volcanes, conocer las áreas de contacto de placas tectónicas, establecer las zonas megasísmicas y de mayor actividad volcánica. La segunda nos permite conocer los mecanismos de formación de las tormentas tropicales, su desarrollo cicloide (de ahí su nombre de ciclones) y su propagación. Este conocimiento autoriza a afirmar con absoluta certeza que los movimientos tectónicos, con el vulcanismo y sismicidad asociados, así como las grandes depresiones barométricas causantes de los huracanes no se relacionan de ningún modo con la virtud o maldad de los habitantes de las zonas en que se manifiestan estos fenómenos. Las catástrofes naturales y sus efectos ni aumentan cuando y donde la iniquidad humana crece ni menguan donde y cuando se incrementa la virtud.

Retroceso religioso. La idea de un Dios policía de tráfico, que espera al hombre en cada recodo tortuoso para sacudirle un estacazo, es del todo ajena al cristianismo (*«no arranquéis la cizaña antes de la siega»*), aunque haya cristianos que piensen de la misma manera que algunos imanes musulmanes. Esta forma de pensar revela la supervivencia del pensamiento mágico, propio de la religiosidad primitiva. El pensamiento mágico antiguo interpretaba el mal físico como un castigo divino por los pecados: el mal físico era individual (ceguera, sordomudez...), necesariamente tenía que haber pecado el ciego o sus padres (*«¿quién pecó, éste o sus padres?»*), preguntan a Jesús cuando se encuentra con el

ciego de nacimiento); si se trataba de una catástrofe (sequía, plagas, destrucción), la causa tenía necesariamente que ser un pecado colectivo, de la generación presente o de la anterior.

La Biblia va dejando constancia progresiva de que considerar el mal físico como efecto «merecido» del pecado es una forma religiosamente primitiva de pensar. Un primer indicio que anuncia este progreso de mentalidad se atisba en la queja de los israelitas del siglo VI a. de JC: «*nuestros padres comieron los agraces y nosotros padecemos la dentera*». Jesús enseña definitivamente la independencia entre pecado y mal físico: «*ni pecó éste (el ciego de nacimiento) ni sus padres*». Mantener hoy la tesis de que el pecado causa las catástrofes naturales es desandar más de veinte siglos y retroceder de nuevo a la superstición.

Peligro social. Son varios los efectos sociales negativos de una mentalidad como la descrita. No es el menor desactivar la energía humana disponible para el estudio, prevención y ayuda, y derivarla hacia intangibles culpas colectivas. Pero lo más grave es que este discurso, tanto si nace de la convicción como si emana de la conveniencia política, puede desencadenar la caza del «pecador» y justificar el terrorismo presentado como brazo justiciero, ejecutor de la venganza por el castigo divino que los pecadores (personas o países) han hecho llover sobre la humanidad.

¿Milenarismo cientista?

Desde hace al menos sesenta años, la humanidad ha tomado conciencia de que ella misma puede estar caminando hacia su desaparición y la de la vida en el planeta Tierra. Primero fue el terror por el fin que pueden causar las armas nucleares; al terror atómico se ha añadido posteriormente el miedo a que nos estemos suicidando a causa de nuestro tipo de «progreso», inseparable del consumo masivo de recursos no renovables, y de la contaminación atmosférica, terrestre y marina. La **Cumbre de Río** y el **Protocolo de Kyoto** son dos aldabonazos razonables y razonados encaminados a corregir el peligroso rumbo emprendido. Pero, junto a ellos y a la sombra de ellos,

han proliferado voces, aparentemente científicas, que aprovechan cualquier circunstancia para acrecentar el miedo.

Parece claro que no existe relación entre los procesos de contaminación antrópica y los movimientos telúricos o volcánicos. La geodinámica interna es autónoma e independiente de la mayor actividad industrial.

Respecto a las tormentas y huracanes tropicales, se aportan datos que deben hacernos pensar, pero sometiéndolos siempre al contraste de validación necesario. En el informe elevado (2004) a la Cruz Roja por diversas asociaciones ecologistas, se dice que en los últimos cinco años, la frecuencia de los huracanes en el Caribe ha aumentado en más del 9% y su intensidad en más del 15%, debido al calentamiento global del planeta, calentamiento que es más acusado precisamente en la región caribeña. De no corregir el rumbo de nuestro desarrollo –dicen–, las catástrofes, ligadas al cambio climático y al agrandamiento del agujero de ozono, nos arrollarán cada vez más. Sin discutir ninguno de los datos ni su interpretación, creemos que es obligado formularse algunas cuestiones antes de dar carácter científico a estos análisis y pronósticos: ¿Es simultáneo con el crecimiento de la actividad industrial el incremento en número e intensidad de los huracanes?

Huyamos de la superstición, adoptemos los procesos y los productos de la ciencia que, como dice **Bertrand Russel** «es el mejor aliado contra los fanatismos». Pero, como también dice el filósofo británico, «no nos hagamos esclavos de la nada científica lámpara de Aladino». No obstante, los peligros de que alertan los ecologistas son tan terribles que, aunque sus causas no se puedan demostrar del todo, la humanidad debería adoptar en estas cuestiones entre todas las posibles conductas la que resulte más segura al respecto (tuciorismo ecológico).

Más interrogantes que respuestas

El terremoto de Lisboa de 1755 provocó un verdadero trauma en la filosofía racionalista–deísta de la época, inserta de lleno en el

optimismo de la Ilustración. Las cuestiones se sucedieron en cascada: ¿Actúa la naturaleza contra el hombre? ¿Es sierva o señora de los seres humanos? ¿Cómo la bondad divina puede causar o consentir que se abata tanto mal sobre la humanidad? ¿Es que la omnipotencia divina no es tal, sino que tiene límites? ¿Son las catástrofes signos o advertencias divinas? ¿Existe el *fatum* o destino ineluctable de los individuos y las colectividades humanas? ¿Por qué Dios no hizo un mundo más perfecto, en el que no cupieran los males catastróficos?

Todas esas preguntas subsisten en el presente. Lo que los 250 años transcurridos nos ha enseñado es que es inútil la pretensión de encontrar a estas cuestiones respuestas que no remitan a nuevas preguntas. En la reflexión filosófica y teológica racional no cabe la abolición del tiempo, como pretende el hinduismo. Participamos en la duración y estamos sometidos a sus leyes. Por tanto, estamos también sometidos a la ley de la limitación del intelecto. Más allá de nuestra duración, en una globalidad aún no percibida, se desvelará del todo el sentido del mal físico.

Pero los interrogantes no deben plantearse sólo en la instancia teológica o filosófica. No se trata sólo de preguntas finales; resulta urgente plantear preguntas inmediatas y cuestionar la deriva especulativa que produce, para ganancia de muchos, por ejemplo, la ocupación irresponsable de zonas de riesgo, como playas o barrancas. Debemos estar agradecidos a los ecologistas y a todos cuantos, desde cualquier razonamiento, denuncian esta ocupación insensata de la naturaleza. Como seres históricos, corresponsables con todos los seres humanos, nos corresponde prever las catástrofes y adoptar las políticas correctas para controlar y reducir sus efectos. En este sentido, es digno de elogio el congreso celebrado en Barcelona (febrero de 2005) sobre «Catástrofes naturales y megaciudades». Cualquier esfuerzo en esa dirección merece el apoyo y la colaboración universales. ■